

SEMBLANZA

Dr. Néstor Montesinos **Una lección, un regalo**

DANIELA ARANEDA⁽¹⁾



En enero recién pasado, académicos y funcionarios de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile lamentaron el deceso de uno de los suyos. Un hombre que no sólo enseñó las diferentes aristas de la epidemiología a sus alumnos, sino también dejó grandes lecciones sobre la vida a sus amigos, colegas y familiares.

Néstor Montesinos Belmar llegó a la Escuela de Salud Pública en agosto de 1973, pocos meses después de recibir su título de médico cirujano en la Universidad Católica. Existía en ese entonces el programa de beca mixta, lo que le permitió especializarse simultáneamente en pediatría y salud pública. Obtuvo su Licenciatura en esta última área en 1976, partiendo posteriormente a la Johns Hopkins University, donde se graduó como Master in Public Health.

En lo profesional, este joven médico reunía una serie de condiciones que le permitieron desarrollar una carrera académica exitosa, partiendo como ayudante segundo y terminando como profesor asociado y jefe de la División de Epidemiología de la Escuela de Salud Pública. En sus 28 años de experiencia clínica, ejerció la pediatría en el hospital Roberto del Río, en la Maternidad del Hospital Clínico de la Universidad de Chile y en su consulta privada.

En lo humano, quienes lo conocieron lo destacan como una persona afable, afectuosa, preocupada e interesada por los demás, en extremo cortés y con especial carisma para dirigir grupos.

“QUIERO ROBARTE A NÉSTOR”

El doctor Ernesto Medina -quien fuera director de la Escuela por 25 años- es uno de quienes lo conocieron en sus distintas facetas: ambos fueron colegas e intercambiaron los roles de jefe y subalterno, compartiendo 30 años de sus vidas en los mismos pasillos. Lo define como exigente hacia sí mismo y para con los demás; muy inteligente, “pero sin caer en el ‘aquí vengo yo’”; una persona a la que le gustaba hacer las cosas bien, que no esquivaba el compartir sus conocimientos y a la cual, sin duda, la Escuela de Salud Pública le debe mucho.

Entre 1986 y 1990 fue jefe del Departamento de Programación del Ministerio de Salud, luego de que el entonces Ministro del ramo, Juan Giaconi, llamara al Dr. Medina para decirle “quiero robarte a Néstor”. Allí le correspondió dirigir el trabajo de 25 personas y coordinar la labor de éstas con el de las Direcciones de Atención Primaria de cada Servicio de Salud del país. Ello, amén de participar, ya sea como presidente o integrante, en más de una decena de comisiones técnicas asesoras del Ministro de Salud.

Esa experiencia profesionalmente lo engrandeció y lo hizo volver a la Escuela con un nuevo bagaje, que puso al servicio de la academia.

En esta institución, fue el gestor y primer director de la Revista Chilena de Salud Pública, jefe de numerosos proyectos de investigación, tutor de te-

⁽¹⁾ Escuela de Salud Pública. Universidad de Chile. daraneda@med.uchile.cl

sis de Magister y autor de artículos, monografías y capítulos de libros.

El doctor Giorgio Solimano, Director de la Escuela de Salud Pública, conoció mejor a Néstor Montesinos durante los últimos cinco años. En ese período pudo apreciar su sensibilidad social, su carácter hiperresponsable “que lo convertía en alguien muy confiable frente a los compromisos que contraía” y también su gran lealtad tanto hacia la institución como hacia las personas. Esa responsabilidad exacerbada lo hacía a menudo sobrecargarse de trabajo, pues “le gustaba controlar todo, le costaba delegar”, añade.

Esas cualidades las pudo comprobar también la doctora Ana María Kaempffer, quien trabajaba en la División de Medicina Preventiva y Salud Maternoinfantil cuando el joven becado llegó a la Escuela. “Nunca tuve problemas con él, porque la calidad de su trabajo era óptima”, relata. Con el mismo cariño, respeto y admiración casi filiales que sentía hacia el Dr. Medina, a ella nunca la llamó “doctora” sino “jefita”.

EL ANTES Y EL DESPUÉS

La Dra. Kaempffer lo recuerda como “un niño mimado que, cuando se resfriaba o se enfermaba de cualquier cosa, se le venía el mundo encima”. Sin embargo, en el momento en que el destino le jugó la peor pasada atacando soterrada e irremediablemente su salud, la vida del Dr. Montesinos -y de paso la de su esposa y sus tres hijos- sufrió un vuelco,

marcando un antes y un después.

“Cuando se enfermó de verdad -señala la doctora- mostró una fortaleza y valor que todos admirábamos; nos preguntábamos cuánto iba a aguantar así, pero él seguía trabajando sin lamentarse, aceptando con valentía todo lo que tuvieran que hacerle para prolongar su vida. Se le quitó lo quejumbroso y se convirtió en un paciente ejemplar”.

Un paciente que quiso conocer cada detalle de su cáncer y que no rechazó ninguna medida terapéutica, desde las más ortodoxas hasta aquellas que trascienden los límites de la ciencia médica. Un paciente que se obstinó en torcerle la mano al destino y que, en gran parte, lo consiguió, agregando cinco años a los dos que los especialistas le daban como sobrevida. Un paciente, un discípulo y un amigo cuya partida, a pesar de ese triunfo parcial, llena a su “jefecita” de una sensación de injusticia que no la deja seguir hablando.

El Dr. Solimano destaca la “serenidad trabajada” con que enfrentó cada etapa, literalmente hasta el final. Lo que para el Dr. Medina era una “sorprendente y hasta patológica frialdad de razonamiento”, permitió a la familia Montesinos Affeld disfrutar de un presente efímero y prepararse para un futuro amenazante, cuyas nubes grises se acercaban cada día. Esa actitud, junto a los miles de detalles de sus 56 años de vida, permanecen hoy en el recuerdo de sus seres queridos no sólo como una lección de fortaleza, sino como el gran regalo que -tal vez sin proponérselo- nos dejó.